

ubicarse en el rango, en la clase social que desee y alternar con plebeyos, si lo desea, pero también con nobles, si su espíritu combina con aquéllos. Como en el mundo de los cielos en el Bernard Shaw de *Man and Superman*, el lector es libre de elegir a su antojo el cielo o el infierno, según su temperamento, sus inclinaciones, sus aficiones. Esta idea, a propósito, creo que ya había sido esbozada por Ruskin en *Sesame and Lilies*. Y allí, en ese mundo paralelo pero en una esfera superior, una de cuyas claves está en un artículo sobre Proust, "para el lector nato la lectura es como una segunda vida, una existencia paralela que corre al lado de la cotidiana sólo en apariencia más real que aquélla", Mutis se ha creado toda una aristocracia propia en la que conviven nobles de carne y hueso junto a pícaros de elegantes maneras con almas ennoblecidas, como Maqroll o Abdul Bashur, que cantan a los cuatro vientos ese "más firme amor por la libertad" que, según el vizconde de Chateaubriand, otro de los maestros de Mutis en la prosa así como en sus ideas monárquicas, "es propio sólo de la más acendrada aristocracia". A Álvaro Mutis le encantan todos los nobles que escriben, o los escritores que además son nobles. Su gusto por lo elegante jamás se disfraza; le gusta hablar, y de ello están plenas estas páginas, de buenos licores, buenos cigarros, buenos hoteles, hermosas ciudades, así como de buenos libros.



Esa elegancia explica uno de los mayores méritos de Mutis; y es que nadie ha señalado que Maqroll resulta ser el único comerciante interesante de toda la historia de la literatura. Sus sórdidas empresas comerciales, no sé cómo, con su elegancia, se convierten en gestas dignas de Homero;

y a la vez su gusto por las empresas sórdidas sólo se compagina con su gusto por todo lo subterráneo e ilegal, porque los negocios del Gaviero se parecen sospechosamente a los que hacen los empleados públicos y su ambigüedad moral es la misma que ha llevado su creador consigo toda su vida. Una de las delicias de Maqroll es que no es propiamente un profesor de moral, en un mundo dedicado a escribir sólo tratados edificantes con moraleja.

En fin, leamos a Mutis que, como afirma Marta Senn, es siempre una especie de bálsamo para el alma. Me agrada poder decir escuetamente como el poeta Ramón Cote cuando se le pregunta qué lee: "Mutis, Mutis y Mutis". Y agregar a ello las lecturas de Mutis.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

Ospina opina

El surgimiento del globo

(edición bilingüe en español y portugués [trad.: Marisa Mas])

William Ospina

Secretaría de Cooperación Iberoamericana y Pre-Textos, Valencia, 2000, 99 págs.

"A diferencia del tratado, el ensayo ensaya. Su autor abre caminos con su reflexión, se detiene, duda, vuelve a intentar. Mientras que algunos sólo buscan certezas, la tarea del ensayista es sembrar la perplejidad, enseñar a preguntarse y no dar nunca una respuesta por cerrada" (Luz del Amo —Editora—¹).

Qué difícil escribir cuando se tiene que hacer sobre alguien como el talentoso autor de los dos ensayos que componen este libro: "El surgimiento del globo" y "El arado y la estrella", el maestro William Ospina.

El primero de los dos textos fue leído en la sesión inaugural del Encuentro de Comisarios Iberoamericanos de la Exposición Universal Hannover 2000, en Cartagena de

Indias, el 18 de febrero de 2000, y el segundo durante la ceremonia de clausura del V Encuentro Iberoamericano del Tercer Sector. Lo Público: una pregunta desde la sociedad civil, realizado en la misma ciudad el 3 de junio de 2000. Es una edición bonita, bien hecha, como las que acostumbra a realizar Pre-Textos, apenas para un escrito hermoso, como a los que también ya nos tiene acostumbradas, a las personas amantes del ensayo y la literatura en general, el poeta Ospina, evidenciando su preocupación por Colombia, por el mundo y por nuestro futuro.

Nos dice William Ospina que desde el siglo XVI asistimos al "surgimiento del globo", y nos cuenta cómo desde allí esta idea se ha convertido en una de las mayores obsesiones de la especie, relatando de esta forma cómo, con este surgimiento, nos encontramos también con el mercado mundial, en el cual nuestros países latinoamericanos fueron protagonistas y aportaron considerablemente en muchos campos a lo que conocemos hoy en día como la Edad Moderna.



Nos llama la atención el escritor sobre la necesidad de valorar nuestros aportes, de entever también lo que significó para el mundo la contribución y empuje europeo, pero también nos llama a no olvidar la depredación y el saqueo producido por una sociedad ambiciosa, que nos lleva a caminos sin salida, cuando pensamos en que los recursos de que se ha dispuesto tan tranquilamente son perecederos, "que sus tesoros

bien podrían no ser para siempre” (pág. 22).

Reflexiona Ospina sobre la necesidad que deben sentir nuestros países de participar en los diálogos que se establecen en torno a las preguntas por la humanidad, la naturaleza y la tecnología, los cuales se reflejan en lo que ahora se conoce como “desarrollo sostenible”, “diálogos de culturas” y “globalización” (págs. 22-23), sobre lo cual no hay que partir solamente de que tenemos una gran biodiversidad, sino que es necesario implementar políticas razonables y mecanismos sensatos para su uso y protección.



Recalca el hecho de que nuestros países, desde el momento del “descubrimiento”, han estado enmarcados en una economía globalizada, que no es algo nuevo, “propio” de este momento del desarrollo de los mercados internacionales; por el contrario, lo que vivimos a diario es producto del haber nacido como nación en un mercado global que comprendía —como ahora— la “...especialización de nuestras economías en cierto tipo de productos —especialización que no siempre correspondía a las necesidades internas de consumo, sino a menudo sólo a los requerimientos de las metrópolis—” (pág. 24). Añade que desde hace cinco siglos somos el escenario de algunos de los más “vigorosos diálogos de culturas que registre la historia” (pág. 25).

Sin embargo, aquí debo aclarar divergencias con William Ospina. En verdad, muchos elementos de las culturas americanas tomaron algún lugar en Europa, así como alimentos, mitos y recursos; es decir, que tenemos un legado europeo que no podemos ocultar; pero es necesario señalar que, aunque existió un intercambio de algún tipo, nunca ha existido un diálogo. ¿Diálogo? Esta palabra significa una conversación, una plática entre dos personas que intercambian ideas, pensamientos, que se escuchan mutuamente, que rivalizan en ocasiones pero están dispuestas a discutirlo con su oponente y transformar su parecer; un diálogo significa, además de comunicación, un deseo de aprender. Esto no es lo que ha existido en esta relación de cinco siglos entre América —especialmente América Latina— y Europa. Lo que ha existido son ya más de quinientos años de explotación, saqueo, ignominia, exterminio, de imposición de una sociedad sobre otra, de la negación de millones de seres y sus culturas. Es de esto que somos producto, no de algún diálogo. Plantear esto sólo permite negar la realidad, aunque sea en los discursos, como cuando todo el mundo se aprestó a “celebrar” en 1992 el “encuentro entre dos mundos”. ¿Encuentro? Confrontación tal vez, pero encuentro, en el sentido en que se pretendía esta conmemoración del 12 de octubre de 1492, no.

Nos dice nuestro autor más adelante que somos producto de este fructífero diálogo: el mestizaje.

Estamos orgullosos de él y entendemos que nos da un perfil valioso para los retos inminentes de la especie humana. Pero también es importante decir que todo ese mestizaje se lo debemos a Europa, porque fue su audacia lo que nos hizo europeos, porque fue su conciencia humanitaria y su espíritu reflexivo lo que permitió que conserváramos en parte nuestro costado indígena americano [...] Por fortuna, nuestros mayores tomaron una decisión adecuada a la época: no renunciaron a la

pluralidad de las lenguas nativas y aceptaron plenamente el legado de la antigüedad y de vigor de estas lenguas hijas del latín y del griego que enriquecieron de siglos, de debates y de creaciones nuestra memoria mestiza. [págs. 26-27]

Declaro que las palabras de William Ospina me causan estupor. ¿De qué está hablando? Entiendo la idea de que lo nuestro es un mestizaje producto de esa relación —no dialogal— entre Europa y América, ¿pero decir que TODO ese mestizaje se lo debemos a Europa, que es su conciencia humanitaria y su espíritu reflexivo lo que permitió que conserváramos en parte nuestro costado indígena? No sé si el maestro utiliza aquí las palabras más adecuadas para que formen una oración bien medida, si piensa más en la belleza literaria de lo que dice que en lo que está significando eso que nos narra, pero no siento más que incredulidad al leer estas frases.



No podemos olvidar que el mestizaje que se dio en nuestras tierras fue producto primero que todo de la violación, del asesinato, de la necesidad, en donde las dos sociedades iniciaron un tipo de diálogo que no es el que nos cuenta Ospina: el de la víctima y el victimario, si a esto se le puede llamar diálogo; posiblemente sí, el lenguaje puede ser terriblemente ambiguo en muchas ocasiones: los interrogatorios policiales en muchas de nuestras dictaduras se presentaban ante el público internacional como “diálogos” “civilizados” —es

decir, europeos— entre el detenido y su interrogador, casi uno se podría imaginar dos personas tomando el té con galletitas y todo, sólo que lamentablemente el interrogado sufría algún “accidente”: el té muy caliente, las galletas muy dulces o secas, que implicaban que, si sobrevivía, tuviera varias costillas rotas, los genitales quemados, el cerebro hecho gelatina, pero, bueno, parece que hay diálogos de diálogos.



¿Conciencia humanitaria?, ¿espíritu reflexivo? Existen dos tipos de indígenas que sobrevivieron a este “diálogo” establecido hace quinientos años: unos son los que, reclutados como mano de obra en las haciendas —los de las minas murieron—, eran necesarios para la producción; los otros son quienes o estaban en lugares inaccesibles para la codicia europea o resistieron a la entrada del espíritu “civilizador” del viejo continente en sus regiones. Lo que sobrevive en lenguas y tradiciones de las personas que habitaban estas regiones antes del infausto suceso de 1492, se debe a sus luchas, a su oposición a morir, a su negativa a desaparecer como pueblos. No fue gracias a ninguna conciencia humanitaria, ni a ningún espíritu reflexivo, no fue gracias, como dice el poeta Ospina, a que nuestros mayores no renunciaron a la pluralidad de las lenguas nativas; fue la lucha indígena durante siglos, y que continúa hoy en día, la que ha permitido que sus lenguas y sociedades subsistan hoy. No fue gra-

cias a nuestros mayores ni a Europa; fue a pesar de ellos.

LEONARDO MONTENEGRO

1. Tomado de la presentación de esta edición.

A favor del lector feliz

Espacios para la promoción de la lectura

Sergio Andricain

Colección Los Cuadernos del Taller N.º 1, Taller de Talleres, Bogotá, 1999, 28 págs.

Literatura juvenil

Beatriz Helena Robledo

Colección Los Cuadernos del Taller N.º 2, Taller de Talleres, Bogotá, 1999, 24 págs.

Formación de valores desde la literatura infantil y juvenil

Antonio Orlando Rodríguez

Colección Los Cuadernos del Taller N.º 3, Taller de Talleres, Bogotá, 1999, 24 págs.

Cuenta Alberto Manguel, en *Una historia de la lectura* (Bogotá, Norma, 1999), que en la sociedad judía medieval “el ritual de aprender a leer se celebraba con solemnidad. Durante la fiesta de Pentecostés, en la que se conmemora la entrega a Moisés de las tablas de la Ley en el monte Sinaí, al niño que iba a ser iniciado se le cubría con un chal de oración y su padre lo llevaba al maestro. Éste sentaba al niño en su regazo y le enseñaba una pizarra en la que estaban escritos el alfabeto hebreo, un pasaje de las Escrituras y las palabras ‘¡Ojalá sea la Torá tu ocupación!’”. El maestro leía en voz alta todas las palabras y el niño las repetía. Luego se untaba con miel la pizarra y el niño la lamía, asimilando así corporalmente las palabras sagradas” (pág. 101). Esta escena del niño lamiendo la pizarra untada con miel resultará asombrosa, sobre todo para quienes hayan desarrollado alguna

sensibilidad con respecto a la experiencia de la lectura. Entendida como una metáfora, dos detalles se destacan significativamente: el carácter sagrado de las palabras y el efecto de “asimilación corpórea” de estas palabras dispuestas como un alimento. Sumamente simbólica, la imagen de un niño seducido por la miel representa a un aprendiz de lector.



Por otra parte, Ítalo Calvino, en el primer capítulo de *Si una noche de invierno un viajero* (Madrid, Siruela, 1997), escribe: “Antaño se leía de pie, ante un atril. Se estaba acostumbrado a permanecer de pie. Se descansaba así cuando se estaba cansado de montar a caballo. A caballo a nadie se le ocurría nunca leer; y sin embargo ahora la idea de leer en el arzón, el libro colocado sobre las crines del caballo, acaso colgado de las orejas del caballo mediante una guarnición especial, te parece atractiva. Con los pies en los estribos se debería de estar muy cómodo para leer; tener los pies en alto es la primera condición para disfrutar de la lectura” (pág. 12). Así comienza esta maravillosa novela que fabula sobre la lectura, una novela que se va construyendo con una persistente interpelación al lector.

Manguel y Calvino, el primero desde la perspectiva histórica, el segundo desde la literaria, nos presentan al lector en un centro en torno al cual giran la figura del maestro y el propósito escritor del novelista. Y es que en los últimos decenios no solamente los pedagogos se han dado a la tarea de indagar, compren-